

nes, uno en Teabo y otro en Becanchen, así como una sección que dividida en fracciones había de salir periódicamente de Tekax para expedicionar á donde fuere conveniente, con las instrucciones necesarias que debían seguir. Fueron nombrados comandantes de los cuarteles de Becanchen y Teabo, los Capitanes del 17.º D. José Anaeto Cuevas y D. Víctor García.

Este último practicó varias incursiones sobre los pueblos de Cholul y Cantamayec, habiendo sido la mas notable la de este pueblo, á donde marchó dicho capitán el 27 de Febrero. Dice en su parte oficial, que á la una de la noche del 25, emprendió su marcha rumbo á Cantamayec, no habiéndolo verificado el día que le había sido designado por el Comandante en jefe, por haber llegado tarde una pequeña fuerza de auxilio que le mandaron: que al día siguiente había logrado alcanzar Cholul, pero que había tenido que regrezar á la hacienda Copan, á consecuencia de que mas adelante el camino no podía proporcionarle un paso franco por hallarse obstruido: que á las cuatro de la madrugada del otro día volvió á emprender su marcha desde Copan, llegando un poco despues á Santa María, un cuarto de legua de Cantamayec, habiendo tenido que abrir un picado para poderlo conseguir; y por último, que á las seis y media de la mañana, la primera guerrilla de vanguardia atacó la primera trinchera del enemigo en el cabo mismo de Cantamayec, tomándola á la bayoneta el Subteniente D. José María Gio, jóven valiente que mas tarde había de morir en un patíbulo el año de 1853: que de este modo nuestras tropas desalojaron á los indios de once trincheras mas; pero que como al querer hacer lo mismo con las que cubrían la circunferencia de la plaza, fueron batidos en su retaguardia, el jefe de ellas mandó tocar retirada, tomando en seguida el camino de Copan: que esto sin embargo, habían hecho al enemigo en las trincheras que le ocuparon, cuarenta muertos, siendo la pérdida por nuestra parte de dos soldados muertos, y seis heridos que fueron conducidos hasta Teabo con toda felicidad.

Casi al mismo tiempo, una fuerza del batallon Ligero que había salido de Tekax, recorría las rancherías de los alrededores de Tixméhuac, batiendo y dispersando algunos grupos insignificantes de sublevados; pero sin conseguir ventajas de mayor consideracion.

La tropa acantonada en Becanchen no había salido á expedicionar en lo absoluto. Encerrada allí su guarnicion, rodeada de grandes poblaciones que habían tomado parte con las huestes que ocuparon Peto, pronto fué sitiada, y también desalojada, tomando por rumbos extraviados el camino de Tekax. Si se hubieran sostenido un poco sus defensores, hubieran salvado la situacion con un oportuno auxilio que les fué en seguida, llevado por un oficial valiente que había salido de Tekax desde el 20 de Febrero, y no se sabía de él, porque de tal manera se había avanzado en su expedicion, que llegó á las inmediaciones de Peto, marchando por lugares situados despues de la cordillera, y luego descendió hasta las inmediaciones del mismo Becanchen. Este valiente oficial era D. Laureano Pérez, á quien se hizo salir con una guerrilla por el siguiente acontecimiento que vamos á referir.

El diez y seis de Febrero, Sacsucil, rancho de D. Felipe Rosado, á donde, como hemos dicho, se retiraron innumerables familias, toda la guardia nacional de Peto, el mismo D. Felipe Rosado, con su mujer, sus hijos y sus amigos, fué víctima de los indios, que lo incendiaron completamente, asesinando á treinta y seis personas, y persiguiendo á los demas que á duras penas se pudieron librar de su furor. Entónces, fué cuando el capitán Pérez salió de Tekax, é internándose de poblacion en poblacion, llegó serenamente á Sacsucil, dió sepultura á los restos de las víctimas sacrificadas, avanzó hasta las inmediaciones de Jitnup y Kancabchen, inspeccionó los alrededores del mismo Peto, batió con éxito favorable diversos grupos de sublevados que se le presentaron, y luego tomando el rumbo de Becanchen, se dirigió á marchas redobladas al rancho Kuum, en cuyo lugar estaba, cuando se le aparecieron los oficiales D. Luis Fernandez y D. Domingo

Mangas, manifestándole que habian salido de dicho pueblo en los mismos momentos en que los indios lo sitiaban. Él en su virtud, deseando aprovechar la oportunidad, cayéndoles á retaguardia, para salvar la guarnicion sitiada, emprendió su marcha violentamente á las ocho de la noche, hora en que tuvo la noticia, habiendo llegado á Becanchen, al siguiente dia á las nueve de la mañana, en donde en efecto batió á los indios haciéndoles ocho muertos así como varios prisioneros, que del mismo modo tuvieron la desgracia de perecer en manos de la tropa; pero la guarnicion ya no estaba allí; el pueblo todo, habia sido incendiado completamente no existiendo mas que sus escombros y calientes cenizas. El capitán Pérez por esta causa lo abandonó tambien, replegándose á un rancho llamado Yamché, desde donde comunicó á D. Eulogio Rosado lo que habia ocurrido. Así se perdió Becanchen.

Aquel sistema de guerrillas, sin embargo, dejó de practicarse, no solo por haberse presentado los comisionados á iniciar sus relaciones pacificadoras con Jacinto Pat, sino por el avance simultáneo de los indios que obligó á nuestras tropas á reconcentrarse en lugares determinados para proceder mejor. Esta circunstancia nos hace dirigir nuestra atencion á los partidos de Sotuta y Yaxcabá, teatro cada uno de ellos, como otros muchos lugares, de los sucesos de la guerra, pero á los cuales, no nos es posible pasar, sin dar cuenta á nuestros lectores de un acontecimiento ocurrido en aquellos mismos dias en Tekax.

Habiéndose comunicado á D. Eulogio Rosado que Revilla, desterrado hacia mas de un año en la Laguna, por haber encabezado á los soldados insurrectos del Ligerero, estaba en los alrededores de la poblacion, en un establecimiento rumbo al Sur, mandó llamar al capitán Pérez, dándole instrucciones tan maliciosas para prenderlo, que casi eran una orden terminante para fusilarlo, razon por la que el otro se fingió en el instante atacado de un dolor, en cuya virtud fué sustituido por el teniente del batallon 17.º D. Juan Froilan Montero, que salió con una fuerza en el instante á cumplir con aque-

lla desagradable mision. Montero regresó á las once de la noche, dando parte de que habia aprehendido en efecto á Revilla, á quien sorprendió; pero que habiendo querido hacer resistencia en el tránsito para evadirse, habia sido muerto por la guerrilla, lo cual indica que no se habia tenido mas objeto que matarlo. ¡Pobre Revilla! dicen que exclamó Barbachano al saberlo al siguiente dia, cayendo de sus ojos unas cuantas lágrimas, como un tributo de gratitud á la memoria de su mas adicto partidario. Así se manejaban las cosas en ese tiempo: díjose entónces, que el itinerario que Revilla llevaba, era un itinerario sospechoso, supuesto que era la direccion de los lugares ocupados por los indios, lo cual se confirmaba con el contenido de unas cartas que en la bolsa le encontraron: nosotros no hemos visto tales cartas, sino solo un párrafo del periódico oficial que respecto de esto decia, ¡Dios perdone á los hombres que comprometieron á Revilla! y que á este desgraciado no le tome en cuenta los infortunios que iba á ocasionar. Sea de esto, sin embargo, lo que fuese, el caso es que ese hombre fué asesinado, de tal manera, que el redactor del periódico oficial podia agregar: "Y Dios perdone tambien á los que lo mandaron á asesinar." Habiendo cumplido en fin, con lo que ofrecimos, veamos ahora lo que habia ocurrido en los partidos de Sotuta y Yaxcabá.

Miéntas Peto y sus alrededores sucumbian, miéntas Tekax perdía tambien su poblada circunferencia, los pueblos del partido de Sotuta y Yaxcabá corrian igualmente la misma suerte. Perdido Tihosuco, perdido Ichmul, claro era que los indios, encontrándose un paso nada mas de Yaxcabá, no habian de detener sus triunfos sin llevar su bandera exterminadora hasta aquella envidiable poblacion, en donde contaban con decididos compañeros. Por eso cuando D. Eulogio Rosado salió de Tiholop, con direccion á Peto, hizo regresar á D. Tiburcio Diaz que lo acompañaba con doscientos hombres de su batallon, así con el objeto de conducir á los heridos que debian pasar á la Capital, como para poner en seguridad á Yaxcabá.

Por supuesto, los indios que hacian la guerra por aquellos pueblos, eran los indios mas bravos de la Península, como que eran los que mas rehacios se habian mostrado desde la conquista contra la raza blanca, eran los descendientes de los soberbios Cocomes que asesinaron á los enviados de Tutulxiu que fueron á proponerles se sometieran al conquistador Montejo, eran aquellos idólatras tenaces en sus hábitos y costumbres, de quienes habló tan juiciosamente el venerable párroco de Yaxcabá, D. Bartolomé de Granada y Baeza, en un informe dado por él respecto de las costumbres de los naturales de Yucatan.

Apénas habian salido de Tekom, una pequeña jorruada de Tiholop, los doscientos hombres con los heridos, cuando los indios de la poblacion se levantaron con la mayor audacia contra sus vecinos, y asesinaron á cuantos pudieron, reduciendo en seguida las casas á cenizas, cuya candelada vieron perfectamente los que se acababan de separar de allí. Despues de esto, unas en pos de otras, fueron cayendo las poblaciones mas interesantes del partido, casi sin que se pudiese remediar.

El 28 de Diciembre desaparecieron, Kancaboonot, Santa María y Yaxuna, en donde fueron asesinados seis ú ocho vecinos que cayeron en manos de sus incendiarios, permaneciendo aquellos serenamente en el primer punto ya indicado en espera de las tropas que los fuesen á batir. Al siguiente dia en efecto, el Capitan D. Fernando Castillo, hombre que prestó muy buenos servicios en ese tiempo en Yaxcabá, los batió con cien hombres de su batallon, y se apoderó de la poblacion, pero en cuyo punto fué sitiado y tuvo que salir despues de una hora de combate, con pérdida de trece muertos, y diez y siete heridos, que afortunadamente condujo con toda felicidad á su cuartel. Hubo sin embargo, en Kancaboonot un hecho que no nos es posible callar, porque es la prueba evidente de lo que hemos dicho, respecto de la ruda condicion de los indios de Sotuta y Yaxcabá. En dicho pueblo encontró el Capitan Castillo, unas figuras de barro adornadas de flores y rodeadas de velas encendidas, á las cuales rendian adoracion, cambiando de este modo, segun su modo de pen-

sar, las imágenes de la iglesia á quienes adoraban como á ídolos, por sus ídolos de otros tiempos que no podian abandonar. Cuando los leales obreros de la civilizacion comprendan bien lo que aquella y la humanidad deben hacer por la raza indígena, cuando las luces y la instruccion pongan á esos desgraciados en el lugar que les corresponde, solo entónces será cuando deje de existir ese cuadro repugnante que como un lunar empañia el nombre de la patria y es la rémora de sus adelantos, así como el mayor inconveniente para el desarrollo de las instituciones democráticas en el país: solo entónces será, cuando los conviertan de seres degradados en hombres útiles á la sociedad: solo entónces será, cuando los hombres públicos hayan cumplido con su deber. Mas como no es éste el lugar en donde debemos hacer nuestros comentarios, pasamos á continuar nuestra narracion.

El 4 de Enero, fueron incendiados Cacalchen y la hacienda Xul: Tabí, Tacoibichen y Tixcacaltuyú fueron abandonados por sus moradores: el incendiado pueblo de Kancaboonot fué ocupado por segunda vez.

El 11 del mismo mes de Enero, cien hombres que salieron de Yaxcabá y setenta de Tixcacaltuyú batieron á Tacoibichen de cuyo punto se apoderaron, internándose los indios á los bosques inmediatos, como lo habian acostumbrado hacer; pero sin haberse conseguido mayores ventajas contra ellos.

A los pocos dias de ese encuentro, salieron de la Capital trescientos hombres del batallon de la *Ley*, encabezados por el Teniente Coronel D. Alberto Morales, fuerza que aunque habia sido destinada á Peto, dispuso el Gobierno, sin embargo, en vista de la situacion de Yaxcabá, que pasara por allí para auxiliarlo, de acuerdo con las otras tropas que prestaban sus servicios en el mismo punto. Y tal era la situacion del país, que el periódico oficial *La Union*, al dar cuenta de la salida de esos trescientos hombres, dijo que muchos de ellos se habian confesado y comulgado, recibiendo ademas el escapulario de Nuestra Señora de las Merce-

des en la Catedral, circunstancia que nos recuerda por mas que en ello no haya una absoluta conformidad, aquellos tiempos de lucha encarnizada de cristianos contra infieles, en que se acostumbraba hacer lo mismo, y aun se practicaba algo mas, llevando la forma consagrada á los combates para mayor seguridad.

Sea de esto, sin embargo, lo que fuese, el caso es que á los pocos dias, aquella fuerza estaba en Yaxcabá, en plena campaña contra los indios, tenaces en llevar á cabo su plan funesto de exterminio de la raza blanca, como hemos visto ya. Cinco dias apénas habían trascurrido de haber sido batidos en Tacuibichen, cuando se presentaron en Tixcacaltuyú, defendido únicamente por treinta hombres del batallon *Ligero* y del *Orden*, pero de cuyo único punto, sea dicho tambien en honor de sus defensores, no se apoderaron con tanta facilidad. Ellos tomaron, al fin, posesion del pueblo; pero eso no fué sino cuando sus treinta valientes soldados no contaban mas que con un cartucho para abrirse paso, y cuando aquel triunfo les habia costado quince cadáveres que encontró la fuerza exploradora ó auxiliadora que fué despues. Esa fuerza compuesta de doscientos veinte hombres del batallon de la *Ley* y del *Orden*, no encontró en Tixcacaltuyú, mas que los quince cadáveres de que hablamos, el cadáver del valiente Capitan D. Fernando Pacheco que tuvo la desgracia al mismo tiempo que la gloria de morir en el combate, así como fragmentos de coronas, de cruces y de báculos de plata de los santos de la parróquia: el pueblo se hallaba completamente desolado.

El Teniente Coronel Morales, queriendo vengar aquel desastre, marchó con su seccion á Tacuibichen de cuyo punto se apoderó sin mas novedad que la de haber tenido que batir una trinchera en el cabo de la poblacion, y habérsele sitiado en el instante, tirotéandolo los indios á larga distancia de la plaza, pero sin que hubieran permanecido mucho tiempo en aquella actitud hostil, pues al fin abandonaron sus posiciones, regresando nuestras tropas á Yaxcabá, con ciento veinti-

cinco cargas de maiz, cinco cántaros de manteca, y algunas cosas mas que pudieron conseguir sacar.

El Coronel D. Tiburcio Diaz, salió tambien en seguida para Canakon estimulado con la anterior expedicion del Teniente Coronel Morales; pero entónces fué derrotado completamente: su fuerza se dispersó por todas direcciones, perdió casi todo su armamento, perdió su ambulancia, y lo que fué mas triste todavia, perdió la tropa su moralidad. Desde entónces empezaron las deserciones, desde entónces parece que se fijó la suerte de Yaxcabá.

Ese inconveniente, sin embargo, hubiera significado poco en comparacion de otros inconvenientes que despues se presentaron con perjuicio del servicio público, debido á los diversos partidos políticos á que pertenecian las fuerzas reunidas en Yaxcabá. Sosteniendo las de Mérida á Barbachano, perteneciendo las otras á D. Santiago Méndez, cuyos agentes principales eran D. Tiburcio y D. José Maria Diaz su hermano, así como en Sotuta, rival de Yaxcabá, lo eran D. José Dolores Pasos y D. Domingo Antonio Bacelis á quien acababan de nombrar Jefe político del partido, no era posible que guardaran armonía las unas con las otras, pero ni mucho ménos los jefes y oficiales entre si. El Gobierno del Estado, creyendo cortar la cuestion completamente nombró Jefe principal de unas y otras tropas al Teniente Coronel Morales, dándole instrucciones para proceder como lo exigiese la situacion. Morales entónces, dejó en Yaxcabá una seccion para su defensa, puso cien hombres al mando de un Capitan en Tábi, habiéndose retirado él con el resto de la fuerza á establecer su cuartel general en Sotuta.

Pero este arreglo léjos de agradar á los de Yaxcabá, no hizo mas que exasperarlos contra sus adversarios. De Jefe principal de todas las tropas, un hombre como el Teniente Coronel Morales, que si bien juicioso y nada exaltado como partidario, mandaba al ménos partidarios exaltados de Barbachano, y de Jefe político del partido, un hombre como don Domingo Antonio Bacelis, no solo amigo de Barbachano,

sino enemigo muy particularmente de los de la otra localidad así por intereses locales, como de política, porque á los intereses locales hacian servir los de aquella, disputándose la cabecera del partido, que unas veces estaba en Yaxcabá, mientras que otras ocasiones residia en Sotuta, segun la balanza política se inclinaba, de ninguna manera podian marchar de acuerdo los unos con los otros, habiendo sido ésta la causa de que Yaxcabá permaneciera casi segregado de Sotuta, desde que el Teniente Coronel Morales se separó de allí.

Y esto hizo tambien que reconcentrada en dicho punto la única seccion que le fué dejada para su defensa, sin practicarse aquellas expediciones que aunque de poco efecto, ántes se practicaban, que los indios se fueran aproximando á la poblacion, acabando de destruir ante todas cosas sus alrededores, para caerle encima con todo el grueso de su fuerza en la primera oportunidad. Por eso desde que vieron que la guarnicion casi observaba la actitud de una neutralidad armada, sin tomar parte activa ni pasiva en los sucesos de la guerra, dieron principio á sus operaciones, unas veces aproximándose hasta la distancia de una legua, otras llegando hasta el cabo de la poblacion, en donde incendiaban algunas casas, alarmaban con su vocería, y luego es verdad, que se retiraban, pero dejando á los vecinos sumidos en una grande consternacion. Yaxcabá, por último, debia perderse, arrastrando en su pérdida á Sotuta, habiendo sido esto lo que sucedió el 12 de Febrero de 1848, con gran escándalo del Gobierno del Estado, que veía de este modo inutilizados sus esfuerzos.

Fué desocupado, por D. Leonardo Diaz, encargado interinamente del mando del cuartel por ausencia de su hermano D. Tiburcio que se retiró disgustado del servicio por el predominio de sus enemigos en política, casi con solo la intencion que tuvieron los sublevados de sitiario. Su guarnicion, debiendo replegarse á Sotuta, se fué á Izamal, por no reunirse á sus adversarios, que adversarios suyos eran tanto como los indios, pues de este modo se trataban los de una y otra

localidad, sin ver el daño que causaban á su desgraciado país.

El Gobierno, sin embargo, luego que tuvo la noticia de aquel acontecimiento, hizo salir de la Capital cien hombres pertenecientes al batallon de la *Ley*, al mando del Capitan Don Miguel Acevedo, con el objeto de reforzar Sotuta, á donde como era de esperarse debia dirigirse el enemigo despues del incruento triunfo que acababa de obtener en Yaxcabá. Sotuta empero, iba á correr la misma suerte que su rival.

Los indios destruyeron tambien sus alrededores, tambien se fueron aproximando, poco á poco como en Yaxcabá, hasta que por último, lo sitiaron el 7 de Marzo, ocupando primero el camino de Tábi, en donde formaron una trinchera á cincuenta varas de distancia de una avanzada que mandaba el Capitan D. Meliton Rendon: despues por los de Tibolon y Kantunil, en donde igualmente hicieron la misma operacion frente á otra avanzada confiada al valor del Capitan D. Gumesindo Ruiz: en seguida por los de Cantamayec, Tixcaltuyú y Zavala, línea que mandaba el bravo Capitan D. Diego Acosta, quedando de este modo completamente cerrado el sitio.

Los indios se ostentaban soberbios y tenaces. El primer dia que se presentaron, salió á batirlos por el camino de Tábi el valiente oficial D. Sóstenes Dominguez, con treinta ó cuarenta hombres de su batallon, de orden del Teniente Coronel Morales; mas no tan pronto salió de la avanzada y quiso acometer, así de frente como flanqueando, para arrojarlos del parapeto que habian formado, cuando un nutrido fuego de fusilería diezmó sus filas de tal manera, que no pudo menos que pedir refuerzo, con el cual se estuvo batiendo largo rato, hasta que convencido de que no era posible continuar luchando desventajosamente, desistió de su propósito, con pérdida de mas de cuarenta hombres que tuvo fuera de combate. Pero entónces, levantó una trinchera en donde permaneció protegido por la avanzada, y desde la cual, tan próximos estaban de allí los indios, que al dia siguiente conferenciaba ya con ellos acerca del modo de terminar la guerra,

poniéndole aquellos para el efecto las siguientes condiciones: que les fueran entregadas las armas que les habian sido recogidas: que les entregaran igualmente á D. Domingo Antonio Bacelis que los habia engañado, y por último, que les dieran á la vírgen de Tábi que habia sido separada de su oratorio situado en dicho pueblo para conducirla á la iglesia parroquial de Sotuta. El oficial Dominguez dió parte á la plaza de lo que ocurría, en cuya virtud el Teniente Coronel Morales, consiguió que saliesen á hablar con ellos, los Presbíteros D. Juan de la Cruz y D. José Antonio Monforte.

Un momento despues, aquellos sacerdotes salian de la línea de defensa, revestidos de alba, de casulla y de bonete como si fuesen á celebrar el augusto sacrificio de la misa, á fin de imponer respeto y preservarse de este modo de cualquiera tentativa que se quisiese cometer contra su existencia. Muy engañados estaban sin embargo. Verdad es que al salir de la trinchera del oficial Dominguez, el espectáculo de dos ministros como aquellos que caminaban gravemente con los brazos cruzados sobre el pecho, é iluminados con el resplandor de sus vestiduras, infundió veneracion, á unos que salieron de una emboscada en aquel instante descubriéndose inmediatamente que los vieron; mas no tan pronto lo advirtieron los demas, cuando les dijeron en idioma mayo con un imperioso tono, "No se quiten ustedes el sombrero delante de esos perros como ustedes," palabras que atemorizaron al mas anciano de dichos clérigos, que buscó el refugio de la trinchera, continuando el otro que era un jóven todavía hasta sus mismas posiciones en donde entró en relacion con ellos.

"¿Qué quieren ustedes muchachos?" les dijo el valiente sacerdote con un tono que revelaba su augusto ministerio. "Queremos nuestras armas respondieron ellos con arrogancia, queremos la persona de D. Domingo Antonio Bacelis que nos ha engañado, queremos, en fin, que nos den á la vírgen de Tábi, y de este modo se concluirá la guerra."—"Está muy bien," respondió el ministro, y con el pretexto de dar cuenta á la plaza se retiró cuanto ántes del aquel lugar.

Y no careció de razon para retirarse violentamente al ver la soberbia con que lo trataron, pues el mismo dia á la voz estrepitosa de "que nos den á la vírgen de Tábi," salieron de su trinchera y á la bayoneta tomaron la que ocupaba el oficial Dominguez.

Al siguiente dia cargaron sobre la trinchera principal de la línea de defensa, situada en el mismo camino de Tábi, habiendo tenido la audacia de echársela encima á sus defensores, valiéndose del humo que los hizo aproximarse sin que los vieran, y por cuyo motivo se replegaron aquellos á la plaza en confusion. A la misma hora afortunadamente, el Capitan D. Diego Acosta, á quien no sin razon hemos llamado bravo, los batia en su línea de trincheras ventajosamente, desalojándolos á viva fuerza de sus posiciones fortificadas, hecho que como era natural, impidió su avance al centro de la poblacion y que tranquilizó á las tropas, haciéndolas entrar en serenidad. Sotuta, sin embargo, no podia sostenerse mas.

Su guarnicion no constaba mas que de trescientos cincuenta hombres; la Capital no podia enviarles ningun auxilio, la única fuerza que iba y volvía hasta Hocaba, vigilando las poblaciones de la comarca, era la caballería voluntaria mandada por el Lic. Brito: perdido Yaxcabá, perdidos los pueblos del partido, de ¿dónde podian esperar que los auxiliáran? Pero hubo una cosa mas que violentó la desocupacion. La tarde que los indios cargaron sobre la línea de defensa, cuatro cosacos audaces que partieron de Hocabá, de los cuales solo llegaron dos á la plaza de Sotuta, porque los otros dos cayeron en manos del enemigo, llevaron allí la noticia de la memorable derrota sufrida por nuestras tropas en Oitnup, de la cual hablaremos en su lugar, noticia que consternó de tal manera, que no pudo ménos que disponerse en el momento el abandono de la poblacion para el dia siguiente que era el 10 de Marzo de 1848.

Para esto, fueron escogidos los oficiales de mas confianza, organizándose con ellos una fuerza que llevara la vanguardia, figurando en aquel cuadro distinguido, D. Gumesindo Ruiz,

D. Diego Acosta, D. José Antonio Ruela y D. Sóstenes Dominguez, á las órdenes todos estos, del primer ayudante de infantería permanente D. José Maria Covian. A las cinco de la mañana, pues, salió esta fuerza, afortunadamente sin novedad, porque era el rumbo de donde fueron desalojados los sitiadores la tarde anterior por el Capitan Acosta, sin que hasta á aquella hora hubiesen vuelto á ocuparsus posiciones. El oficial Dominguez avanzó todavia mas como un cuarto de legua para explorar ó limpiar el tránsito de emboscadas, hasta que habiendo dado aviso de que solo habia encontrado los dos cadáveres de los dos cosacos que cayeron en manos de los indios, se dió cuenta á la plaza, diciendo al Teniente Coronel Morales que podia efectuarse la desocupacion.

Entónces las avanzadas se fueron replegando y salieron tranquilamente, aunque en el acto el enemigo se posesionó de las calles y la plaza, poniendo en conflicto una avanzada que á las órdenes del Teniente D. José Maria Pacheco no habia podido salir porque no se le avisó. Pacheco se batia desesperadamente, y ganaba terreno como podia, tirándose por el camino de Mérida que habian llevado sus compañeros, hasta que protegido heroicamente por el valiente Capitan Ruiz que regresó con una guerrilla á salvarlo, se incorporó por fin á las tropas que salieron, quedando Sotuta de este modo en plena posesion de sus invasores, y replegándose su guarnicion á Hocabá, que en seguida se dividió entre dicho punto y el pequeño pueblo de Huhí. A los dos dias, la caballería voluntaria entraba en la Capital con los heridos, en medio de la confusion del pueblo que atónito contemplaba aquel espectáculo desconsolador

¿Qué habia sido de los recursos de la inteligencia soberana, vencida hasta entónces por la barbarie? ¿Por qué tan arrastrado llevaban su pabellon, los compatriotas de Zavala, de Rejon y de Quintana? ¿Era que los bárbaros habian vencido á un pueblo culto? ¿Era que la civilizacion habia sido humillada por la barbarie? Cuestion es esta que hemos de tratar despues. Hablemos ahora, aunque brevemente de

la situacion del país, con motivo de aquel acontecimiento.

La desesperacion del Gobierno del Estado con la pérdida de Sotuta, casi llegó á su colmo: no habian recursos, casi no habia valor ni serenidad en nuestras tropas que se desertaban á bandadas; la emigracion se aumentaba cada dia, la contribucion decretada en Diciembre sobre capitales en giro y profesiones, no habia bastado ni habiéndose duplicado con nuevas manifestaciones que para el efecto se mandaron hacer. Por esta causa se apeló al recurso desesperado de mandar inventariar y avaluar las alhajas de los templos que se habian podido salvar, cuyo valor ascendió á la cantidad de ciento cincuenta y un mil pesos, disponiéndose que se empeñaran para poder afrontar la situacion. Un recurso extraño, sin embargo, un auxilio generoso, llegado oportunamente de la Habana, y que derramó sobre las heridas de la patria un bálsamo de consuelo, detuvo aunque por pocos dias esta extrema resolucion. Vamos á hablar de este acontecimiento, á que nos obliga la gratitud.

El 29 de Enero ancló en el puerto de Sisal, el pailebot de guerra *Churruca*, en memoria del valiente marino D. Cosme Damian Churruca, muerto en el combate del cabo Trafalgar en 1805, trayendo su comandante D. Jacobo Crespo y Villavicencio, varias comunicaciones oficiales que le fueron entregadas por el Comandante General de marina del apostadero de la Habana, D. José Primo de Rivera, en las cuales las autoridades de la Isla, manifestando los vivos deseos que tenian de auxiliar á Yucatan, hacian esta pregunta generosa á sus gobernantes. ¿Qué es lo que necesitan los habitantes de Yucatan para librarse de la muerte con que los indios bárbaros los amenazan? Expresábanse á continuacion con aquel motivo, las instrucciones dadas al comandante del *Churruca*, acerca del modo con que habia de prestar cuantos auxilios fuesen necesarios á las familias que quiciesen ponerse en salvo, diciéndose que para el efecto se habia dado yá la orden de que el bergantin de guerra *Nervion*, en union de otras embarcaciones mayores y de un vapor, salieran sin demora de la Ha-

bana para el puerto de Sisal, con el objeto de recorrer la costa oriental de la Península, y por último, despues de manifestar así mismo, que estos auxilios los prestaban, únicamente por humanidad, haciendo abstraccion de cualquiera cuestion política, y respetando por consiguiente así la independenciam y soberanía del Estado, como los principios mas conocidos del derecho internacional y de gentes, insistian dichas autoridades en hacer comprender los deseos que tenian de poder ser útiles á los yucatecos, con quienes las unian tan estrechos vínculos de sangre y de amistad, bajo las siguientes condiciones dadas al comandante referido del *Churruca*, que para mayor claridad hemos creído conveniente reproducir á continuacion.

1.^a Que la presencia de su buque en las costas de Yucatan, era puramente protectora y sin carácter hostil bajo de ningun concepto.

2.^a Que por esta base únicamente podría prestar auxilio á los españoles y demas habitantes que quisiesen acogerse á su pabellon.

3.^a Que en todos casos procediese con la mejor armonía con las autoridades del pais.

4.^a Que iguales relaciones amistosas conservase con los comandantes de los buques de las demas naciones que podian hallarse en Sisal, y con quienes tuviese que ponerse en comunicacion.

5.^a Que no obstante que la comision era puramente protectora, si los indios bárbaros atacasen en las playas, y bajo el fuego de la fusilería de los botes de su buque, á los que pudieran reclamar su proteccion, los defendiese rechazando la fuerza con la fuerza, pero en el concepto que no hiciese uso de ella sino en el extremo caso.

D. Santiago Méndez en su virtud, dió las gracias mas expresivas á las autoridades referidas: pidió de oficio lo que creía se necesitaba para poder contener á los bárbaros en sus correrías; el pueblo ántes consternado, se llenó de regocijo por esta causa; hiciéronse al comandante del *Churruca* honoríficas distinciones, públicas demostraciones de gratitud y de respeto, y en fin al publicar por alcance el periódico oficial tan alhagüeña nueva, concluía su artículo editorial con las siguientes exclamaciones: ¡Viva la magnánima nacion española! Vivan los hijos del Cid y de Pelayo! ¡Viva la causa de la humanidad y de la civilizacion!

cas distinciones, públicas demostraciones de gratitud y de respeto, y en fin al publicar por alcance el periódico oficial tan alhagüeña nueva, concluía su artículo editorial con las siguientes exclamaciones: ¡Viva la magnánima nacion española! Vivan los hijos del Cid y de Pelayo! ¡Viva la causa de la humanidad y de la civilizacion!

Y á la verdad que no era para poco el entusiasmo, ni eran infundadas las esperanzas que se concibieron; pues á los cuarenta dias de haber zarpado el pailebot de guerra *Churruca* de las aguas de Sisal para regresar á Cuba, ancló en el mismo puerto el bergantin goleta *Juanita*, en union de dicho pailebot y de la corbeta *Luisa Fernanda* enviando en ellos, por oficio separado, el Capitan General de la Isla, D. Federico Roncali, conde de Alcoy, el Comandante General del apostadero don José Primo de Rivera, y el Superintendente General delegado de hacienda, el conde de Villanueva, la cantidad de veinte y dos mil ciento sesenta y un pesos seis reales fuertes, dos mil fusiles útiles con sus bayonetas, doscientos sables de caballería, dos obuces de á doce de montaña con su correspondiente dotacion, algunas pequeñas carronadas, y doscientos quintales de pólvora que fueron los artículos principales que se pidieron.

Con esto, en fin, organizáronse diversas secciones que salieron á campaña, nombrándose comandante en Jefe de las que se hallaban prestando sus servicios, al General de brigada don Sebastian López de Llergo, retirado á su casa sin tomar parte en nada desde los sucesos de veintiocho de Febrero; y con esto tambien, vino como á neutralizarse, la impresion desagradable, de la pérdida de Sotuta. Mas yá que hemos dado cuenta á nuestros lectores de todos estos acontecimientos, vamos á hablar en el capítulo siguiente de lo que entre tanto estaba sucediendo en Valladolid, vamos á dirigir nuestras miradas al Oriente.